

mente á San Ignacio, cuya vida, traducida al japonés, se habia impreso poco antes en Macao; y obtuvo que la Congregacion del Santo, erigida en Nangasaki, le recibiese en el número de los cofrades, juntamente con Juan el piloto, y Leon escribiente del navio; pues los tres tomaron al santo fundador, por su protector y auxiliar espiritual. Joaquin escribia á su mujer que estaba en Manila "que se reconocia deudor á San Ignacio de muy grandes gracias espirituales" y para disponerse mejor á su martirio, quiso hacer por espacio de ocho dias los ejercicios de San Ignacio. Al llegar á la hoguera, abrazó á los dos religiosos; y cuando fueron elevadas en el aire las cabezas de los doce cristianos decapitados, las saludó dirigiéndoles mil alabanzas. En fin, mientras que las llamas no le habian envuelto enteramente, predicó y oró en una voz tan fuerte, que se le oia de lejos sobre las barcas ocupadas por una multitud de espectadores.

CAPITULO XIV.

EL GRANDE MARTIRIO.

Veintidos confesores de Jesucristo quemados vivos, y otros treinta decapitados en Nangasaki el 10 de Setiembre de 1622.

El gobernador Gonrocu tenia que ejecutar aun la segunda parte de la sentencia, que recaia principalmente sobre los prisioneros de Suzuta. En consecuencia, desde principios de Setiembre de este mismo año, dió orden á Ficoiemon, primer mandarin de Omura, para que en un dia fijo le enviase á los con-

tesores que él debia hacer quemar en Nangasaki. El mandarin se apresuró á obedecerle. Una tropa numerosa de soldados y verdugos se dirigió á la prision: cuatro de estos últimos entraron al recinto interior, y apoderándose de los prisioneros uno por uno, les ataron estrechamente, y les sacaron fuera de las palizadas, en medio de un gran número de soldados formados en círculo y con las armas en la mano. Durante estas disposiciones, los siervos de Dios cantaban los salmos, y se despedian de su prision querida, que por espacio de cuatro años y por medio de grandes sufrimientos, les habia proporcionado los mas preciosos méritos, y que ahora, por último beneficio, se abria para dejarles llegar al término de sus deseos, que era la muerte por Jesucristo. Su alegría fué turbada algunos instantes con la noticia de que ocho de ellos aun quedarian prisioneros. Estos ocho eran, los Padres Tomás del Espíritu Santo, dominico; Apolinar Franco, franciscano descalzo; y seis Japoneses agregados á una ú otra de estas dos Ordenes. Sin embargo, no perdieron la corona del martirio, solo se les difirió como veremos adelante.

Fueron colocados los veinticuatro prisioneros en una grande barca, escoltada por una multitud de pequeñas, cargadas de soldados, y así atravesaron un brazo de mar de cinco á seis leguas para llegar á Nagaia; pero no se detuvieron allí, porque en este lugar habia una fervorosa cristiandad, que hubiera salido al encuentro de los mártires, y á pesar de las guardias, les hubiera proporcionado toda clase de alivios; y así tomando los caballos que les esperaban, avanzaron acto continuo dos leguas mas adelante.

Merece ser referido el orden en que marchaban. Trescientos ó cuatrocientos soldados, tanto de infanteria como de caballería, les servian de escolta, y has-

ta pudiera decirse de guardia de honor. A la cabeza, marchaba fieramente á caballo Tobinanga Giuzaiemon, uno de los primeros señores de la corte, y ministro del príncipe; iba seguido de veinte lanceros, y de dos líneas de otros tantos infantes, armados unos con fusiles y otros con arcos; luego venian los prisioneros en hilera. Soldados con el sable al costado, y con una caña ó baston nudoso en la mano, les rodeaban y tenian á cierta distancia; un oficial á caballo les mandaba. Y tres personajes, tambien á caballo y con su correspondiente retaguardia, cerraban la marcha.

El Padre Cárlos Spinola era el primero de los confesores de la fé; al dia siguiente en su entrada solemne á Nangasaki, quisieron los presidentes concederle todavia el mismo honor: los demás prisioneros fueron colocados indistintamente. Cada uno tenia una cuerda al cuello, y á su lado un verdugo que llevaba la estremidad de la cuerda enredada en el puño. Así llegaron á Uracami, distante una legua corta de Nangasaki; allí se detuvieron para pasar la noche, y fueron encerrados en una palizada, teniendo al cielo por techo, y por cama la tierra. Durante algunas horas llovió á torrentes, de suerte que el gefe de la tropa, compadeciéndose de los centinelas que estaban alrededor de la palizada, permitió que los presos fueran puestos debajo de techo, empero estrechándoles mas sus ataduras.

Al dia siguiente, despues de una ligera colacion, montaron á caballo, y en el mismo orden avanzaron á Nangasaki. Todo el camino estaba cubierto de gente que venia de las cercanías y de mas lejos, para ver á esos héroes de la fé, para manifestarse á ellos, y saludarles y recibir su bendicion, recibiendo tambien el ejemplo mas importante de todos, el de perseverar

en la fé, hasta morir por ella. Pero en el lugar de la ejecucion habia una tan grande multitud de espectadores, que jamas se habia visto semejante. La ribera, cerca de Nangasaki, hace como una punta que se avanza hácia el mar; sus flancos unidos y bajos le dan á lo lejos el aspecto de una isla, y el costado por el cual se une á la tierra está situado al pié de una montaña. La playa no es precisamente baja, porque el terreno se eleva suavemente en proporcion que se adelanta al mar; y si parece baja, es á causa de su inmediacion á la montaña. Ningun lugar del mundo está mas bien dispuesto para dar un espectáculo visible á un mismo tiempo á la mas grande reunion de hombres que sea posible, pues la cima de esta eminencia se percibe en el mar por tres lados á la vez, y la montaña cuya base se prolonga hasta ella, va descendiendo con una pendiente muy suave.

Allí habia mas de treinta mil espectadores, y aun decirse puede que toda la ciudad de Nangasaki se habia trasladado á ese lugar. A la llegada de los confesores de Jesucristo, se levantó un rumor inmenso y confuso de gritos y gemidos, que sofocaban las voces, é impedian escuchar lo que los confesores predicaban. Desde luego, todas las miradas se fijaron en el Padre Spinola que iba á la cabeza; pero dificilmente pudieron conocerle, no obstante que por muchos años le habian visto con mucha frecuencia: cuatro años hacia que no le permitian cortarse el pelo ni hacerse la barba, y esto, unido á una enfermedad mortal que acababa de pasar, le tenia tan estenuado y pálido, que apenas ofrecia la imágen de uno de esos antiguos padres del desierto. Sin embargo, aun permanecia bello, pero con esa belleza que da la santidad; é inspiraba veneracion á cuantos le miraban. La serenidad y la alegría se habian difundido sobre

su noble rostro, y solo su vista predicaba tan elocuentemente, que hacia correr lágrimas de todos los ojos.

Fué necesario esperar mas de una hora la llegada de sus compañeros de suplicio que estaban encerrados en las prisiones de Nangasaki, y debian reunirse hasta cincuenta y cinco. Los primeros que llegaron veian con ojos llenos de la alegría que se desbordaba de su corazon, el glorioso teatro del sacrificio de su vida que iban á ofrecer por la fé de Jesucristo. Sobre la cumbre de la pequeña eminencia de que ya hemos hablado, se habian clavado veinticinco grandes postes en línea recta de la mar á la montaña; de cada uno de ellos colgaban dos cuerdas que debian servir para atar á los mártires. Una sola hoguera rodeaba esta hilera de postes á tres brasadas de distancia; y la leña no estaba amontonada, sino solamente esparcida, para que las llamas pasando de un trozo á otro, no se aproximasen á las estacas sino con mucha lentitud, y prolongasen así el tormento de los confesores de la fé. El feroz Gonrocu pensaba que el dolor de este horrible suplicio haria salir del fuego á algunos, ó que al menos les arrancaria algunos gestos que diesen ocasion de reirse y mofarse de los cristianos.

Una valla de gruesas cañas rodeaba la hoguera á una buena distancia, y se abría del lado de la montaña; dentro del mismo cerco de cañas se levantaba una pequeña eminencia colocada en el otro extremo hácia la mar, donde los comisionados para ejecutar la sentencia estaban sentados como en un tribunal.

Habia pasado una hora cuando llegaron los demas sentenciados. Eran catorce mujeres y diez y ocho hombres, entre ellos cinco niños pequeños de diferentes edades, de doce años, de siete, de cinco, de cuatro y el mas pequeño de tres. Cuatro de estas

víctimas eran condenadas al fuego por haber hospedado á los religiosos, y los otros á ser decapitados por ser las mujeres é hijos de los mártires que tres años antes habian muerto por la misma causa, ó bien porque habian permanecido cerca de las casas donde se alojaban los religiosos. Todos, pues, murieron en odio de la fé.

La vispera les hizo comparecer ante sí, Gonrocu, para exhortarles de nuevo á renegar de Jesucristo; pero todo fué en vano, y por tanto les condenó al suplicio para el dia siguiente.

Luego que los dos ejércitos de mártires se vieron, se saludaron mutuamente, pero no se les permitió hacer una mas larga manifestacion de sus sentimientos, porque los gefes de la justicia se habian retirado á ocupar sus lugares, y ademas llovia ligeramente.

Gonrocu no quiso presidir esta ejecucion capital; pero ciertamente no lo hizo por piedad, pues nombró para sustituirle á Sukendaia, mas inhumano que él, y prohibió espresamente que tuviesen consideraciones con los confesores de la fé, en lo que fielmente fué obedecido. Sukendaia entró en el primer recinto de las cañas y fué á tomar asiento en el lugar designado para tribunal; y á sus lados hizo sentar á los demas funcionarios de oficio que á nombre del emperador intervenian en este acto solemne. Los lanceros de Firando se formaron á un lado del recinto hácia el mar, y la infanteria de Omura, al otro lado al pié de la montaña. Entonces se hizo entrar á los treinta mártires condenados al degüello, y se les colocó directamente frente á los postes; despues entraron los veinticinco condenados al fuego, asignando á cada uno un poste donde fué atado por el verdugo que le acompañaba. Hasta esta fecha, los condenados al fuego, habian sido fuertemente amarrados, de

manera que no pudiesen desatarse ó huir; ahora sucedió lo contrario, solo se contentaron con atarles ligeramente las manos, y con cuerdas tan delgadas, que pudieran romperse al menor esfuerzo: y á fin de procurarles todavía la tentacion de huir del fuego, intencionalmente se habia practicado en la hoguera una abertura suficiente para salir de ese círculo abrazador.

En los cuatro primeros postes cercanos á la mar, estaban atados los habitantes de Nangasaki que habian hospedado á los religiosos, y eran: Pablo Nangaxi, Antonio Sanga, y Antonio el de la Coréa, y una mujer, Lucia Freitas, japonesa, casada con un portugués; seguian luego los religiosos de la prision de Suzuta; en primer lugar el Padre Carlos Spínola, y luego indistintamente, los tres Padres dominicos Angel Orsucci, José de San Jacinto, y Jacinto Orfanel. Seguía el Padre Sebastian Kimura, y despues de él seis religiosos dominicos ó franciscanos, á saber, los Padres Ricardo de Santa Ana, Alfonso de Mena, Pedro de Avila, el hermano Vicente de San José, el Padre Francisco Morales y Leon de Satzuma; en pos de estos estaban cinco religiosos jesuitas, Antonio Kiuni, Gonzalo Fusai, Tomás Acafoxi, Pedro Sampo, y Miguel Xumpo; luego tres japoneses que se salvaron del fuego, y en fin, los hermanos Luis Carava, y Alejo que era el último, y corista profeso de la Orden de Santo Domingo. De esta suerte se les vé colocados en una pintura japonesa, hecha por un testigo ocular, que se ha conservado hasta hoy. Entre estos veintidos religiosos, habia nueve europeos de los que ocho eran sacerdotes, y un hermano lego de San Francisco; los otros eran japoneses, así como los tres que fueron decapitados, porque no hubo el número suficiente de postes: entre estos se cuenta nuestro

hermano Juan Ciungocu. Todos vestian el hábito de su Orden.

Solo faltaba desenvainar la espada para los unos, y encender el fuego para los otros, cuando el Padre Spínola entonó el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*. Todos los confesores le continuaron, dirigiendo sus miradas al cielo, y con una tan celeste armonía, que los fieles enternecidos derramaron lágrimas. Gonzalo Montero de Carvallo, que se hallaba presente, hizo con este motivo una deposicion jurídica, de la que damos un extracto, tomado de los procesos verbales de Manila. "El testigo dice que "estuvo muy atento á este cántico de los siervos de "Dios, y que hasta hoy no ha cesado de maravillarse "y preguntarse lo que esto podria ser; porque desde "su niñez ha oido muchas veces música sagrada y "profana, y jamas ha escuchado otra mas suave y "armoniosa. Así la ensaya todavía con admiracion "de sus amigos y la repite aun á otros; y estuvo persuadido que los ángeles se unieron á cantar con "estos santos que iban á entrar en posesion de Dios. "Otros muchos testigos oculares opinaban como él, "y cree que esto era una persuacion comun."

El Padre Carlos Spínola, que veía cerca de sí á Sukendaiu y á sus asesores, se volvió hácia ellos y les dirigió la palabra en muy buen japonés, procurando sacarles del error admitido en la corte, á saber, que los ministros del Evangelio venian á apoderarse de los espíritus por medio de la religion, para despues poner el gobierno en manos de los europeos: y manifestó, al terminar, que la alegría de todos estos sacerdotes en medio de tan horribles torturas era una prueba muy evidente de que ningun interés humano les habia conducido al Japon; que el solo motivo que les guiaba era la felicidad eterna, prometida á los

fieles siervos de Dios; despues de esta vida; que de otra suerte él mismo no hubiera podido soportar entre ellos veinte años de trabajos y sufrimientos. Lo que en seguida dijo á los portugueses en su propio idioma, impresionó tan fuertemente á uno de ellos, que escribió al Padre Benito Fernández, lo siguiente: "Las palabras del Santo hombre me llegaron de tal modo al corazon, que si en el Japon hubiera habido una casa de la Compañía de Jesus, yo me hubiera retirado á ella para abandonar al mundo, y consagrar el resto de mi vida al servicio de Dios." En fin, el Padre Spínola recordó á todos los presentes, que los hombres que iban á ser quemados á fuego lento, eran de carne y no de piedra, y que por lo mismo, no debían considerarse como efecto de una voluntad vacilante algunos signos de dolor que involuntariamente se escapasen á la naturaleza. Bien pronto veremos que tuvo mas de un motivo para espresarse así. Los Padres Francisco Morales, Angel Orsucci, Jacinto Orfanel, y José de San Jacinto tambien hablaron á su vez, pero apenas se han conservado algunas palabras confusas para ser referidas.

Entraron en seguida los verdugos y tiraron su sable sobre la cabeza de los treinta cristianos, que arrodillados en una sola línea, y con el rostro vuelto hácia los postes, orando esperaban el momento de su suplicio. Sukendaiu les hizo luego ejecutar, esperando que en vista de esta carnicería, los otros veinticinco se abalirían y no tendrían valor para sufrir el tormento del fuego.

Entre las treinta víctimas decapitadas se hallaba Isabel Fernandez, viuda de Domingo Jorjes, que hospedó al Padre Spínola, y que por solo esto fué quemado vivo el mes de Noviembre de 1619, segun ya referimos. Isabel habia dado á luz un niño, algunos

meses antes de la prision de su marido, al que bautizó el Padre Spínola, y puso el nombre de Ignacio. Ahora debían morir el hijo y la madre, con arreglo á la ley de Xongun, el uno como hijo, y la otra como muger del huésped de los Padres. Isabel al ver á los ejecutores, se inclinó hácia el Padre Spínola, dirigiéndole el último adios: éste, al corresponder su saludo, no vió al niño, que de rodillas tras de la madre, y contando apenas cuatro años de edad, estaba oculto con la leña de la hoguera colocada entre los dos, por tanto, le pregunta: "¿Dónde está nuestro pequeño Ignacio?" "Aquí conmigo, respondió la madre, alzándole en sus brazos: y luego hablando con el niño, le dijo: Mira á tu Padre Carlos, que se acuerda de tí y pregunta dónde estás; inclínate hácia él y ruégale que te bendiga." Lo que Ignacio hizo del modo mas afectuoso. Entonces el Padre, que tenia las manos atadas, levantó la cabeza y los ojos al cielo, y luego la inclinó sobre el niño en señal de que le bendecía, quedando como lleno de un consuelo extremo. A este espectáculo los asistentes derramaron lágrimas, y prorumpieron en gritos de admiracion al contemplar á esa madre y á ese hijo cuya belleza, modestia, tranquilidad y ricos vestidos habian atraído todas las miradas desde su entrada al lugar del suplicio. El niño Ignacio bien comprendia por qué se hallaba allí. Su firmeza tan valerosa no era efecto de su edad, era sí una gracia del Espíritu Santo, como se vió en el momento mismo de la ejecucion; lo que no sorprende, sabiéndose lo que habia tenido lugar en los años anteriores, y de que tuvo noticia toda la ciudad de Nangasaki.

El dia del nacimiento de este niño, sus dignos padres Domingo é Isabel, de comun acuerdo le consagraron á Dios, desapropiándose de él, y donándole

al Padre Spínola, para que cuando llegase á la edad conveniente entrase á la Compañía de Jesus; y en memoria de este acto le pusieron el nombre de Ignacio. El Señor en este momento le concedió una gracia mejor, y fué, no la de vivir, sino la de morir con el Padre Spínola; y aun puede creerse que este niño predestinado tuvo una especie de revelacion, proporcionada á su edad. En efecto, despues del martirio de su padre, quemado á fuego lento, Ignacio, balbuciente todavia, comenzó á decir y lo repetía sin cesar, que él tambien seria mártir. Algunas veces añadia, hablando con la madre: "Yo seré mártir, y vos tambien lo sereis; pero mi hermana no lo será: prediccion que se cumplió á la letra. Cuando hacia pequeños regalos á los amigos y conocidos de su familia, segun la costumbre del Japon, siempre les decia: "Guardad con cuidado lo que os doy, porque un dia será reliquia." Y si se le preguntaba cómo seria esto, respondia: "es que yo seré mártir;" y contaba luego tres bellos sueños que á este respecto habia tenido y que vivamente le habian impresionado. Otras veces, cuando veia algun sable, decia: "una arma como esta me cortará la cabeza y me hará mártir," y entonces era su alegría tan grande, que los mismos idólatras no acababan de admirarla. Isabel su madre fué bautizada por el Padre Pedro Gomez, ocho dias despues de nacida, y vivió santamente hasta la época de su martirio, que recibió á los veinticinco años de edad. No dudando que su hijo estaba inspirado por Dios, se consideraba despues de sus anuncios, tan segura como él, de morir por la fé, y desde entonces trabajó para prepararse bien. Marchó al martirio con el alma fija en Dios, adornada con sus mas preciosos vestidos, como en un dia festivo, llevando en una mano un Crucifijo y un ro-

sario en la otra; y al entrar en la palizada, cantó en muy alta voz el *Laudate Dominum omnes gentes*. Se consideraba mucho mas feliz con la muerte de su Ignacio, que con la suya propia; y así, despues de haberlo mostrado en sus brazos al Padre Spínola, añadió: "Ved aquí la victima mas cara que yo puedo ofrecer á Dios, y yo la ofrezco muy voluntariamente á causa de su mismo precio." Cuando vió que el verdugo se le acercaba con el sable desnudo, levantó la mano, como lo habia hecho su marido, en señal de perseverancia en la fé, agitó su pañuelo para despedirse de los cristianos, y ofreció su cabeza al verdugo. Ignacio la vió rodar á sus piés, en pos de otras dos ó tres; pero no se turbó con ese espectáculo horrible, antes bien, se puso de rodillas, cruzó sobre el pecho sus pequeñitas manos, y estendió prontamente su cabeza, que cayó al primer golpe. Esta cabeza y las otras veintinueve, fueron espuestas á la vista del pueblo, sobre una viga sostenida en el aire por largos postes.

Terminada esta primera ejecucion, los verdugos incendiaron las malezas que habia esparcidas en muchos lugares de la hoguera: entonces toda esa grande multitud de fieles que ocupaba la mar y la montaña, levantó sus gritos hasta el cielo pidiendo con fervor á Dios, que sacase triunfantes de tan horrible suplicio á sus veinticinco siervos. El ruido de tantos millares de voces fué tan confuso y tan fuerte, que no se ha podido dar cuenta de las palabras que los mártires dirigian tanto á Dios, como á los circunstantes, mientras el fuego les estaba consumiendo. Como los trozos de leña estaban distantes tres brazadas de los pacientes, y eran en demasiada pequena cantidad, y ademas la lluvia de la noche anterior les habia humedecido, no ardian fácilmente, y daban una lla-

ma poco activa; de suerte que los mismos siervos de Dios se quemaban difícilmente y sufrían espantosos dolores, que escedían á todas las fuerzas de la naturaleza. Tres desgraciados japoneses lo manifestaron demasiado, pues segun lo habia predicho el Padre Spinola en la prision, abandonados justamente de Dios, por sus faltas, á la primera vista de las llamas, rompieron sus ataduras, y salieron de la hoguera invocando á *Amida*, como señal de su abjuracion. No por esto escitaron la piedad del presidente, pues repetidas veces les hizo arrojar á las llamas, donde al fin perecieron contra su voluntad. (*)

La alegría que experimentaban los idólatras por la debilidad de los tres apóstatas, era muy poca cosa en presencia del valor de los veintidos cristianos que permanecían inmóviles en sus postes, sin dar señal alguna de dolor, sin embargo de que se iban quemando tan lentamente, que unos espiraron al cabo de hora y media, otros á las dos horas, y uno hubo que sufrió tres horas consecutivas. El primero que murió fué el Padre Spinola; consumido como estaba

(*) Se dice que á uno de ellos no se le oyó invocar al ídolo, y aun se afirma que arrepentido volvió á entrar al fuego. Sin embargo, ni él, ni sus dos compañeros fueron contados en el número de los mártires. Bartoli refiere que Pablo Nangaxi fué uno de los tres apóstatas; pero este es un error manifiesto. La pintura japonesa de que ya hemos hablado, y que es obra de un testigo ocular, representa distintamente la disposición de los mártires; en ella se ve á Pablo Nangaxi atado á su poste, al extremo opuesto de los tres postes abandonados. Además, en las deposiciones relatadas en los procesos verbales se lee, que los tres renegados al subir al otro extremo para presentarse al presidente, pasaron delante de Pablo Nangaxi, quien se dirigió á ellos exhortándoles vivamente á la constancia; y despues se volvió á su poste y murió valerosamente, en medio de las llamas. Todas las relaciones y todos los testimonios que tenemos están unánimes sobre este punto.

por los sufrimientos de su larga prision y de su última enfermedad, apenas tenia un soplo de vida: además, el fuego se comunicó á su hábito, é incendiándole por la espalda, le envolvió en sus llamas, y puso fin á sus dias. Este glorioso martirio tuvo lugar un sábado á 10 de Setiembre: el gran número de las víctimas que fueron cincuenta y dos, dió ocasion á llamarle el gran martirio, así como la colina en que se consumió se llamó en lo sucesivo el lugar santo, ó la montaña santa. Todos los cuerpos de los mártires, así quemados como decapitados, permanecieron allí por tres dias, bien custodiados, para atemorizar á los cristianos. Despues fueron reducidos á cenizas, y echadas en sacos las arrojaron á la mar.

Hagamos ahora una breve reseña, al menos de los religiosos. Fueron ocho dominicos, cinco sacerdotes y tres coristas profesos. El bienaventurado Padre Francisco de Morales nació en Madrid, y por espacio de veinte años trabajó sin cesar en la conversion de los japoneses: levantó dos iglesias en el reino de Satsuma, y cuando la persecucion de 1608 le obligó á salir, se retiró al reino de Figen, y fundó una iglesia y un convento en Fuximi: obligado á huir en 1614, vino á Nangasaki, y trabajaba en sus inmediaciones á favor de las almas, cuando le apresaron los perseguidores.

El bienaventurado Padre Angel Orsucci era italiano, de familia noble, y nació en Luca el dia 8 de Mayo de 1573. Siendo muy jóven entró al convento de los dominicos de esta ciudad, y en él hizo su profesion en 1589: fué enviado á España para que terminase sus estudios teológicos, y allí tomó el nombre de Ferrer, á causa de su gran devocion á San Vicente Ferrer. Todos los que le conocian le consideraban como un santo, y le llamaban así con mo-

tivo de sus admirables virtudes, y en particular de su humildad profunda. Su deseo de propagar la fé entre los idólatras le hizo pasar á las Filipinas y al Japon, adonde llegó á tiempo que ardía la persecucion, por lo que se vió obligado á permanecer oculto en la casa de Cosme el de Corea, hasta que fué preso en 1618. El bienaventurado Padre Spínola habla de él frecuentemente en sus cartas, pues fué su compañero de prision cuatro años: murió á la edad de cuarenta y nueve.

El bienaventurado Alfonso de Mena nació en Logroño en España, y abrazó la Orden de los dominicos en el convento de Salamanca. Era primo del bienaventurado Pedro Navarrete, cuya muerte escribió: despues de haber trabajado en muchos reinos, se retiró á Nangasaki, se hospedó en la casa del gobernador que entonces era cristiano, y mientras pudo salia de noche para ir al socorro de las almas. Creciendo la persecucion, tuvo necesidad de andar de casa en casa, sufriendo crueles privaciones y rodeado de continuos peligros, hasta el dia en que cayó en poder de los enemigos de la fé.

El bienaventurado Padre José de San Jacinto, fué tambien español, nacido en Villareal de Salvanes en la Mancha: fué vicario provincial de su Orden en el Japon. Sus predicaciones apostólicas obraron un gran número de conversiones, tanto en Méaco como en Ozaca, donde fundó un convento con su iglesia, y estableció muy útiles cofradías entre los fieles. Hablaba con tanta perfeccion el japonés, que los españoles le tomaban frecuentemente por intérprete cerca del emperador. Desde el poste en que estaba atado habló largamente á los cristianos, para exhortarles á la observancia de la ley divina y á la devocion de la Virgen Santísima, á quien amaba con mucha ternura.

El bienaventurado Padre Jacinto Orfanel, aragonés, nació en Llana en el reino de Valencia el dia 8 de Noviembre de 1578, y entró á la Orden de Santo Domingo en Barcelona: Los testimonios que sobre él se rindieron en los procesos verbales, demuestran que tenia una caridad inagotable con los pobres: trabajaba con energía por el honor de Dios y la salud de las almas. Sabiendo que en el reino de Arima los cristianos corrian los mas grandes peligros por parte del apóstata D. Miguel, no vaciló en esponer su vida, y se trasladó á él prontamente para sostenerles en la fé.

Con estos bienaventurados Padres murieron tres coristas de la misma Orden, á saber: Alejo, Domingo y Tomás. Eran japoneses, y hacia muchos años que se habian consagrado al servicio de la Iglesia y al de los Padres, ayudándoles á catequizar á los neófitos: en recompensa de sus servicios, se les admitió á la profesion religiosa en la misma prision. Alejo fué quemado vivo, y los otros dos decapitados porque faltaron postes. Consta de los procesos verbales, que Tomás por su juventud y su belleza escitó el interés del gobernador, que para salvarle la vida le comprometia á que negara que conocia á los Padres; pero con una admirable sencillez respondió: "¿Y cómo podré hacer esto, sin ofender á Dios con una mentira? Yo sé que son religiosos, y no solamente les he conocido por tales, sino que yo mismo he sido su compañero y les he auxiliado en la conversion de las almas." Esta confesion generosa fué recompensada con la prision y con la muerte.

Los franciscanos tuvieron dos sacerdotes, un hermano lego, y tres hermanos del Tercer Orden. El primero fué el bienaventurado Padre Ricardo de Santa Ana, nacido en Bélgica el año de 1585. Se dice,